

LA CRÓNICA MÉDICA

REVISTA QUINCENAL

DE

MEDICINA, CIRUGÍA Y FARMACIA

Organo de la Sociedad Médica "Unión Fernandina"

AÑO XIII }

LIMA, MARZO 15 DE 1896.

{ N.º 173

TRABAJOS NACIONALES

LAS NEVADAS DE AREQUIPA

POR EL DR. ANTONIO LORENA

Entre los fenómenos propios, especiales de nuestro país, tienen lugar preferente las *nevadas* de Arequipa á causa de sus caracteres particulares que les dán una fisonomía muy original, desconocida fuera de la localidad donde están radicadas.

I

Que la *nevada* de Arequipa reconoce como causa productora principal la energía eléctrica, es un hecho incontrovertible; ocupando la misma categoría el hecho de la existencia en el suelo y la atmósfera de la electricidad de tensión, cuyas condiciones y participación como factor notable en la formación de los climas é influencia sobre la evolución de la vida orgánica, si son conocidas no están suficientemente dilucidadas.

Como bien se sabe, la electricidad dinámica, la electricidad estática y el magnetismo terrestre son simples modalidades, ó mejor, diversos estados de un solo agente; del mismo modo que éste, es sólo una de las formas de las vibraciones del Eter, que en el rango actual de

nuestros conocimientos debemos admitir su existencia.

También sabemos, y es esto muy elemental, que la Física moderna repudiando la teoría de los dos fluidos, vé en todos los fenómenos eléctricos simples variaciones de cantidad sujetas á las leyes del equilibrio de los fluidos. El estado natural reside en el equilibrio del Eter que envuelve las moléculas de los cuerpos, la ruptura de este equilibrio constituye el estado eléctrico: la electricidad positiva es la acumulación del Eter en cantidad, la negativa es la expresión de su resta ó sustracción (Bardet).

II

La electricidad frankliniana, estática ó de tensión, llegó á reconocerse en la atmósfera hace más de un siglo. LEMONIER, sabio físico francés, obtuvo las primeras chispas mediante un tallo de hierro aislado y terminado en punta. Antes de LEMONIER, OTTO DE GUERICK y WALL consiguieron sacar chispas frotando bastones de ámbar; pero, FRANKLIN, más afortunado que los anteriores "halló el medio, según la expresión de un ilustre electricista (Lefebre), "de hacerle bajar del cielo para interrogarle acerca de su origen; desde entónces, el genio del hombre pudo jugar con el rayo y sorprender el secreto de su existencia."

Estos resultados inauguraron una serie de experimentos que, iniciados en los gabinetes de física, se

prosигuen en mayor escala y en mejores condiciones en los observatorios meteorológicos, habiéndose llegado á la conclusión general de que la tierra está cargada de electricidad negativa, normalmente, y el aire de electricidad positiva á tensiones variables, estando separados por una capa intermedia en estado neutro. Puede, pues, compararse el estado eléctrico de la tierra y la atmósfera, en tiempo sereno, con un aparato condensador, un Aepinus, por ejemplo.

Más densa es la acumulación de la electricidad al nivel de los objetos salientes y de las montañas, también es más fuerte en los lugares de altitud que al nivel del mar; en las latitudes elevadas que en las bajas. Sus variaciones en un mismo paraje son periódicas y accidentales; las periódicas son diurnas, marchando paralelamente con la temperatura; de suerte, que presentan dos máximas y dos mínimas; con las estaciones, más en invierno que en verano; más en un año que en otro. Las variaciones accidentales dependen de la humedad del aire, de la fuerza y dirección de los vientos, de la cantidad de las lluvias.

Entre la electricidad de arriba y la electricidad de abajo se opera, á la continua, una reconstitución lenta y silenciosa, durante la cual, los cuerpos, ó, el suelo y las capas de aire superiores, libremente cumplen su natural tendencia hacia un estado normal, al estado neutro; en los momentos de tempestad, el trabajo de reconstitución se hace con descargas bruscas que producen luz y ruido, hay relámpagos y truenos.

Puede, pues, compararse también el estado eléctrico del suelo y de la atmósfera, en el periodo de tormenta, con un Rámsden ó un Carré.

III

¿ De dónde viene la electricidad atmosférica? Hay una fuente mecánica y otra fuente química. El rozamiento, el frotamiento de

las moléculas acuosas derramadas en el vapor ó en las nubes sobre las capas del aire ambiente; aquí, se encuentra, en efecto, el mejor dispositivo: en la gota de agua están realizadas las condiciones de un cuerpo buen conductor, aislado por un medio mal conductor, el aire seco, y sometido á la fricción determinada por los vientos y la carrera de los vapores ó nubes (Gariel). La respiración de los vegetales; la acción calorífica de los rayos solares; las combinaciones y descomposiciones que se efectúan en la superficie y en el interior del globo, en fin; y otra fuente poderosa, la influencia, en que las partes más cargadas actúan sobre las que encierran poco, ó, sobre las que no contienen ninguna cantidad de electricidad.

IV

Acercas de la influencia ejercida por la electricidad sobre los organismos vivos existen muchos documentos esparcidos é incompletos, y ningún trabajo de conjunto; porque, mientras la acción del calor y de la luz puede comodamente estudiarse, una vez que se dispone de medios para aumentar su cantidad ó para suprimirla, no hay para las acciones eléctricas precauciones, por rigurosas que parezcan, bastante eficaces sinó para aumentar, para suspender sus influencias, ¿ni cómo conseguirlo desde que el mismo organismo es fuente de producción eléctrica, aparte de la imposibilidad que hay de sustraerse á la acción magnética terrestre?

Tales y tan graves son las dificultades que, si se conocen hasta hoy las acciones de la electricidad en una sola de sus faces, como sobre la germinación de los vegetales, desarrollo y pululación de los microorganismos é incubación de los huevos, es muy incipiente el conocimiento que se tiene de su papel en todas sus manifestaciones.

Como expresión exagerada y brutal, conocemos los efectos de la fulminación del rayo, las descargas de las botellas de Leyden, los acciden-

tes observados en las oficinas del alumbrado eléctrico; además de estas manifestaciones provocadas por las descargas violentas, hay efectos muy sensibles que se notan cuando el organismo se encuentra cerca, en los alrededores del foco donde domina una alta tensión eléctrica.

Bien se sabe la singular manera como se sufre en tiempo de tempestad; una parte del sufrimiento es debida á la depresión atmosférica concomitante, porque el barómetro baja cuando se forman las tormentas; pero, la mayor parte, á la tensión electro-estática, que envuelve dentro de su radio á todos los seres colocados bajo la atmósfera en desatada furia.

Al principio se traducen estos efectos por una excitación, luego seguida por postración del sistema nervioso, á veces intensas para producir en los neurópatas accesos histéricos.

Nuevamente repito, que para mí, hasta la hora actual, sólo existen muchos trabajos de detalle proporcionados por los métodos parciales empleados: así, se conocen las acciones locales, se sabe cómo responden los nervios y los músculos; pero, queda todavía en las sombras del porvenir, la obra que reuniendo los materiales dispersos logre elevarse á una generalización perfectamente definida.

V

Aplicando los datos ya enunciados y otros que enseguida indicaré, al caso particular de las nevadas de Arequipa, aunque, desde luego, no me será permitido edificar una teoría estrictamente científica, daré al menos una explicación racional de ellas.

En el clima de Arequipa descuelan dos circunstancias: la una, con todo el cortejo de sus consecuencias morbíficas, es la sequedad de su atmósfera; la otra, con todo el realce de su magnificencia, la límpida transparencia de su cielo que, dependiendo de la primera no es más que su resultante forzosa. Los

otros elementos de su clima que, diré de paso, es el más insano que conozco, son las fuertes fluctuaciones del termómetro, sintiéndose frío glacial en las mañanas y en las noches, calor sofocante al medio día; determinan estas condiciones climatológicas: la altura barométrica que ocupa la ciudad, su situación topográfica al pié de montañas elevadas, con pobre vegetación, casi hiperbórea, de faldas escarpadas y vértices cubiertos de nieves.

A la sequedad de esta atmósfera concurren entre otras causas las siguientes: la naturaleza del suelo, (estratificaciones arenosas de débil potencia sobre tofas traquíticas y pórfidos); los materiales empleados en la construcción de sus edificios (conglomerato traquítico); los vientos que de la costa soplan orean con sus desecadas capas inferiores el suelo y el aire de la ciudad *mistiánica*, mientras que sus capas superiores empujadas á las altas regiones por el calor de los arenales llevan su humedad á los picos de la vecina cordillera; se agregan todavía á estas causas, la escasa cantidad de las aguas meteóricas (de 1 á 4 pulgadas) y su poca vegetación arbórea.

VI

Bajo la influencia de los ya citados factores y en tiempos periódicamente irregulares, se presenta el fenómeno conocido con el nombre de *Nevada*, más frecuente en invierno que, como en las demás regiones de la sierra, es la estación seca. Pero, no es la *nevada* de Arequipa tal como la conocemos, al igual de las que aquí tenemos (1) de tiempo en tiempo: nevadas intensas que consisten en la caída de blancos copos que como un sudario cubren el rojo tejado y el follaje de los árboles; hace descender la temperatura helando el aire y matando todo movimiento exte-

(1) Este trabajo fué leído en una actuación académica del "Colegio Nacional de Ciencias" del Cuzco.

rior; algunas veces, hemos contemplado llenos de admiración, desde las alturas del Saccsayhuamán, nuestra ciudad petrificada, convertida en gigantesca necrópolis de mármol.

La nevada de Arequipa no tiene las bellezas de la nuestra: una mañana se levanta el sol velado por cúrrus, que se extienden como ténuas gasas por todo el ancho y abierto cielo; ligeras nieblas flotan en las vertientes del Misti, Pichu-Pichu y Chachani, é indecisas hasta el medio día, se fijan en la tarde, envolviendo el pico de los altos montes; la temperatura baja dos ó cuatro grados, y aquella ciudad tan risueña, tan llena de luz cuando está bañada por su sol reverberante, ofrece un aspecto mustio; diríase, que su hermoso y vivaz rostro, siempre blanco como sus sus calizas bóvedas y erguido como sus enhiestos sauces, ha contraído sus rasgos dolorosamente, al impulso de oculto sufrimiento, eclipsándose las irradiaciones de su mirada.

VII

No hay, pues, en Arequipa verdadera nevada; no hay esa caída de nieves á que la verdadera nevada dá lugar en la cordillera vecina; meteoro en el que toma mucha parte la electricidad, que extiende su acción más allá de la periferia ocupada por la nevada, acentuando su influjo en lugares que, como Arequipa, están dispuestas ventajosamente para recibir sus acciones, fomentándolas en cantidad é intensidad.

Las nevadas duran ordinariamente un día, excepcionalmente dos ó tres días, y en el curso de ellas, todos ó casi todos los habitantes experimentan efectos variados:—mi propósito no es por el momento describir las formas clínicas de esta pandemia—; no obstante, someramente enumeraré que los reumáticos sienten sus articulaciones; los neurópatas son torturados por el grito destemplado de sus nervios, y el que ménos, sufre

un cambio de humor, una disposición pronunciada á los sentimientos depresores ó á los arranques violentos; por último, los más sanos sienten un malestar vago é indefinible; situación que se deja sentir más marcadamente á medida que el estado higrométrico desciende, á la par que la temperatura; lo que explica, unido á otras circunstancias étnicas y sociales, ciertas genialidades de la gente arequipeña. Porque la influencia del medio es omnipotente, obra tanto en lo físico y moral, como creo haber demostrado en otro trabajo anterior al tratar de la índole del cuzqueño.

VIII

La causa capital de las nevadas de Arequipa es la sequedad del aire, la que casi por sí sola explica la suma de los fenómenos fisiológicos, satisfactoriamente; ella desempeña las mismas funciones que la pantalla aisladora de los aparatos condensadores: en el suelo hay electricidad negativa, en la atmósfera electricidad positiva, y no realizándose su recomposición, la electricidad de la tierra adquiere una tensión colosal; es tan grande su densidad que en los días de nevada se desprenden de los cabellos eflúvios luminosos en el acto de peinarse. Los habitantes de Arequipa están en igual posición que el sugeto sentado en el taburete de las máquinas de Holtz ó Carré, envuelto por un medio aislador: cargados de electricidad negativa, en el baño electro-estático, soportan el trabajo de la tendencia al desprendimiento—por la tensión del fluido—, sufriendo una especie de inhibición, un agotamiento de la energía nerviosa que aplanan á los melancólicos y desequilibrando las funciones regulares de los nervios, estimula la irrupción de accesos de impaciencia ó de fulguraciones dolorosas en los individuos irritables.

Necesario es recordar que en las experiencias de gabinete, las sensaciones son más desagradables

con la potencial negativa que con la positiva.

IX

Como no había llegado á mi noticia la existencia de ningún estudio acerca del asunto que me ocupa, traté de explorar en la ciudad de Arequipa la opinión de varias personas que ocupan distinguido puesto entre los hombres de ciencia é ilustración de aquella sociedad, tan excelente como cristiana.

Según opinaba un mi estimable amigo, ¿podría ser el ozono? El ozono ú oxígeno electrizado, se produce, es cierto, cuando aumenta la tensión eléctrica; pero, el ozono, sea natural ó desarrollado en los laboratorios no determina cuando se pone en contacto con él y se le respira, ni lejanamente los efectos que de derecho pertenecen, pura y exclusivamente, á la electricidad en fuerte tensión.

DUJARDIN BEAUMETZ, en su Diccionario de Terapéutica, se pregunta: “¿Cuál es la acción del aire ozonizado sobre el organismo?” —No tiene influencia peligrosa por más cargada de ozono que esté la atmósfera; algunas veces, obra como agente irritante sobre los bronquios determinando “laringo-bronquitis.”

En el establecimiento de San Rafael (Francia) los numerosos enfermos que acuden á las salas de fumigación é inhalación del ozono al estado naciente, según el método preconizado por LABBÉ no experimentan la extraña é incómoda impresión que sufren los pobladores de Arequipa en los tristes días de *nevada*.

Un otro respetable amigo mío, me decía: El volcán es la causa de las *nevadas*; hay uno otro todavía que refiere á las costumbres sedentarias de la mayor parte de las personas. Pero si la *nevada* no sólo afecta al hombre, los caballos y perros, también las aves sufren y se hacen asustadizas y reñidoras.

X

Normalmente, tomamos la potencial del suelo que varía incesantemente, según la potencial del aire.

En ciertos individuos de piel seca,—constituyendo por consiguiente especies de auto-aisladores—, se ha podido notar la existencia de tensiones eléctricas algunas veces considerables y bien superiores á las del suelo. La observación referida por FERÉ el año pasado, ante la Sociedad de Biología, es de las más decisivas:

“La señora X... es una neurópata que desde su infancia ha presentado diversos accidentes de naturaleza histérica; siendo joven, se había apercibido que su cabellera desprendía chispas muy visibles en la obscuridad. Después, este fenómeno no ha hecho más que aumentar; es permanente, salvo en los tiempos húmedos. Bajo la influencia de emociones morales aumenta la tensión eléctrica, el tiempo seco favorece los fenómenos; se debe agregar que esta señora presenta una sequedad extraordinaria de la piel.”

D'ARSONVAL ha repetido en los animales varias experiencias que han probado la hiperexcitabilidad nerviosa ocasionada por el aumento de la fuerza electro-estática.

Los hechos anteriores aplicados á una esfera más extensa, serían bastantes para dar el porqué de la acción de las *nevadas* de Arequipa. Yo lo he conceptuado así, y esto me habría sido suficiente para el objeto que me he propuesto; pero, ¿cuánto no se exige para imprimir al presente ensayo el carácter científico, que tendría muy legítimamente, si encerrase los datos numéricos sobre las variaciones termométricas; la máxima y mínima de la humedad; los de las presiones barométricas; datos que no he podido proporcionarme, apesar de contar la ciudad de Arequipa, como muy pocas poblaciones, con tres observatorios meteorológicos!

XI

Antes de terminar, no sólo por mera curiosidad sino como un apoyo á la explicación que he intentado, añadiré que para combatir los accidentes de la nevada, los arequipeños procuran traspasar mediante la marcha forzada, ó por el uso de los alcohólicos que exageran la perspiración cutánea.

Saldría de los límites que me he trazado, si señalase los medios conductores á la atenuación de la influencia de las *nevadas* que, á mi juicio, serían: el riego de las calles, la propagación de las arboledas, la instalación de barras de fierro tan elevadas que sobrepasasen el nivel del techo de los edificios etc.

Cuzco, 23 de diciembre de 1893.

ANTONIO LORENA.

EL GUAYACOL COMO TÓPICO

antitérmico

(Continuación)

Sudores.—Antes que terminen los calofríos aparecen en ciertos casos los sudores; pero, por lo general, puede decirse que les son posteriores. El enfermo siente, el bien estar consiguiente al descenso de la temperatura producido por la evaporación del sudor.

Desgraciadamente, ésta diaforé- sis que sería muy benéfica, suele á veces ser de gran intensidad, como pasa con frecuencia en los tuberculosos cavitarios, en que es tan profusa, que los vestidos ó sábanas parecen haberse empapado en agua.

Esta diaforé- sis profusa, casi siempre coincide con una exagerada hipotermia, presentándose entonces una de las complicaciones más temibles: el colápsus algido.

Felizmente, esto es raro, siempre que no se abuse de la dosis ó de la frecuencia del empleo del guayacol; por regla general, debe proscribirse

su uso en los enfermos que presenten un estado adinámico bien marcado.

Sabiéndose que generalmente se produce una diaforé- sis de abundancia variable, algunos experimentadores han administrado al enfermo, ya el agárico blanco, ya la atropina; pero, el resultado no ha sido muy satisfactorio.

Como lo he expresado ya, me creo feliz por no tener que consignar en mis observaciones ningún caso de colápsus algido.

Más de una vez he visto producirse diaforé- sis profusas, sobre todo en tuberculosos (2.º periodo) en los que, por su estado, he suspendido el tratamiento.

En otros enfermos, en los que la diaforé- sis no puede considerarse como una contraindicación, no creo que sea un síntoma de complicación: lo sería, si coincidiera con una hipotermia grande, lo que no siempre acontece, pues, generalmente se la observa acompañada, únicamente, de descenso térmico de pocos grados.

Diurésis.—Desplats (*) ha insistido sobre la diurésis, que se produce y que, según él, puede persistir largo tiempo. Chéron, ha observado igual síntoma.

Apareciendo el guayacol en la orina á los 15 minutos, más ó menos y alcanzando su máximun de eliminación á las 6 ó 7 horas, no es extraño que el doctor Robilliard afirme que las orinas son más abundantes que en estado normal.

El guayacol puede producir no solo una ligera irritación renal, sino que por su mismo modo de actuar sobre los nervios vaso-motores, provoca una explicable diurésis.

Este síntoma no es raro observarlo: con frecuencia, al día siguiente de hecha una embrocación, el enfermo dice haber orinado en la

(*) Journal des Sciences Médicales de Lille. N.º 1 y 2—1894.

noche varias veces, contra su costumbre.

Hipersecreciones.—También se señala un aumento de las secreciones salivar y bronquial. Pueden ser originadas, al menos la salivar, por el gusto del guayacol en la boca que acusan ordinariamente los enfermos, el que tratan, por un acto reflejo, de que desaparezca con un aumento de saliva, pues, sabido es que la sensación de ciertos sabores produce hipersecreción salivar.

También puede ser que el medicamento ejerza una acción vasomotriz sobre las glándulas, en cuyo caso quedaría mejor explicada la hipersecreción salivar.

Diarrea.—La diarrea que algunos han observado es bastante rara, pero posible. En individuos delicados, no solo por constitución sino por su estado patológico, puede suceder que por las repetidas embrocaciones de guayacol, éste al ser absorbido produzca una acción irritante sobre la mucosa intestinal, favorecida por la acción vasomotriz.

Si la diarrea se presenta en tuberculosos, es más fácil explicarla por ser estos enfermos predispuestos á desarreglos intestinales.

Vómitos.—Lépage ha señalado la existencia de este sintoma. Hay que atribuirlo al gusto desagradable que produce el guayacol, el que siendo bastante fastidioso origina náuseas y en seguida vómitos.

Estos son los principales síntomas observados.

Según algunos experimentadores, no siempre las embrocaciones de guayacol producen lá antitermia. Así, Bard y Vedrine han visto efectos negativos en varios casos de tuberculosis con acceso de neumonía; el doctor Montagnon, en un caso de bronco-neumonía; Gilbert, en varios casos de fiebre tifoidea y de neumonía.

Según Cheron, el efecto antipirético inmediato puede faltar si la temperatura en el momento de la

embrocación está en su periodo de ascensión ó próxima al fastigium. En estos casos, el descenso se observa más tarde; pudiendo explicarse así los efectos negativos mencionados.

4.º—Dósis. Cuando el doctor Sciolla expuso su método decía que, el guayacol puro extendido con un pincel á la dosis de 2 á 10 cc. producía la antitermia; que se podían hacer varias aplicaciones por día, siendo la dosis cotidiana máxima, que había empleado, de 30 gramos; y, que para obtener una acción más enérgica aconsejaba recubrir la región que se embroque con tafetán engomado. El doctor Bard, que fué el primero en Lyon en seguir las observaciones de Sciolla, comenzó con la dosis de 3 gramos; pero, habiendo producido efectos muy intensos, la redujo, no empleando en unos casos sino 2 gramos, en otros 1 gramo, y á veces solo 0'50 centigramos.

Robilliard, en sus ensayos, ha usado la dosis de 0'50 hasta 2 gramos; pero dice, que 0'50 son suficientes para obtener un efecto antitérmico maximum, y que la ventaja de una dosis poco elevada consiste en permitir continuar indefinidamente el uso del medicamento.

Entre otros observadores tenemos á Devoto que emplea 0'03 centigramos de guayacol puro; Linossier y Lanvis, 2 gramos por embrocación; Da Costa, solo de 30 á 50 gotas; Friendenival y Hayden, que proceden como el anterior; Covomont, que emplea de 0'50 á 1 gramo; Montagnon dice, que la dosis máxima debe ser de dos gramos y que no es prudente usar 3; De Reusi fija la dosis media en 1 gramo, pero ha llegado á emplear hasta gr. 6'50.

Conforme lo aconseja Robilliard, he usado solo la dosis de 0'50 centigramos en cada embrocación, y, en vista de los buenos resultados que me ha producido no he queri-

do aventurar con una mayor, limi-tándome, únicamente, á conseguir mi objeto.

Quizá la dosis mínima que he empleado diariamente por una so-la vez, haya contribuído á que fal-ten las complicaciones; por lo que, creó esa dosis suficiente, y por tanto la más conveniente.

Sitio.—El sitio de la aplicación es punto poco importante: sobre esto hay acuerdo unánime entre los observadores. El guayacol ha sido embadurnado en el torax, bra-zos, antebrazos, región inguinal, múslos y piernas.

Para tener un éxito más rápido y más eficaz, aconsejan algunos recubrir la región embrocada ya sea con tafetán ó tela engomada, franela, encina, algodón hidrófilo, etc., sujetando todo con una ven-da. Este procedimiento es con el fin de que el apósito se oponga á la difusión de los vapores y de que evite el enfriamiento de la superfi-cie cutánea.

Da Costa dice, además, que es conveniente lavar con agua y ja-bón la región que se vá á embro-car.

En mis observaciones no he se-guido esas minuciosidades: me he limitado, sólo, á dejar por un ins-tante que se evapore lijeramente el guayacol sin recubrir con apósi-tos la región y, sin embargo, se ha producido la hipotermia; por lo cual creo que á tal procedimiento debo —en gran parte—no haber vis-to señales de revulsión cutánea, á pesar de que he empleado guaya-col impuro.

Diversas preparaciones. — Se han empleado el guayacol cristali-zado y el guayacol del comercio, ya solos ó con otros vehículos; así, por ejemplo: Desplats y otros, lo mez-clan con glicerina; Balzer, con va-selina; Stowrbe, con aceite de al-mendras; Casazowia y Miron Si-galea, asociado á la tintura de yodo.

Da Costa lo ha usado con el acei-te esencial de canela, que tiene la

ventaja de enmascarar el olor del guayacol que, para algunos enfer-mos, es causa de gran molestia.

Aunque siempre lo he empleado puro, creo que las preparaciones con glicerina ó vaselina son las más convenientes: con la glicerina pue-de formularse partes iguales y ha-cer cada embrocación con 1 gramo de solución para los adultos y con 0'50 á 0'80 centigramos para los niños.

5.º — INDICACIONES Y CONTRAIN-DICACIONES. Como lo he indicado al principiar este trabajo, no preten-do precisar las indicaciones y con-tra-indicaciones de esta nueva me-dicación; este punto árduo todavía lo creo superior á mis limitados co-nocimientos. Para haberlo estudia-do con algún fruto, habría sido ne-cesario que hubieran estado á mi alcance gran número de pirexias diferentes, ó bien, que hubiera po-dido reunir todas las publicaciones americanas y europeas referentes á él.

Pero, como no es posible dejar incompleto éste trabajo, con solo la afirmación comprobada de que el guayacol es antitérmico; he creído conveniente reunir algunos datos para que sirvan de indicaciones y puedan emplearse las embrocacio-nes en las diferentes pirexias ob-servadas.

Hé aquí las observaciones y las conclusiones que he deducido del estudio de este punto en las dife-rentes pirexias:

A). PIREXIAS EN ENFERMEDADES VIRULENTAS.—*Tuberculosis pulmo-nar.* Como ya lo he expresado, al tratar de la historia del empleo del guayacol, Sciolla hizo sus primeros ensayos en los tuberculosos, obte-niendo en ellos disminución térmi-ca, sin que jamás hubiera observa-do fenómeno alguno alarmante,—tal como cianosis—ni ningún sín-toma subjetivo desagradable; pues-to que, por el contrario, la acción antitérmica procura en el enfermo un bienestar completo.

No habiendo precisado Sciolla en que forma de tuberculosis convenía usar el guayacol, pues, según sus conclusiones el resultado era siempre benéfico; Bard lo usó á su vez, indistintamente. Sus primeras observaciones fueron en cuatro tuberculosos; á estas siguieron otras, dando por resultado que formulase sus conclusiones, diciendo: que, "las embrocaciones son peligrosas en los enfermos muy débiles y muy avanzados, tales como los que tienen fiebre héctica ligada á accesos neumónicos ó á reblandecimiento tuberculoso pulmonar con formación de cavernas; por el contrario, la eficacia del guayacol es grande y duradera en la fiebre tuberculosa pura, aquella que proviene de accesos de granulaciones intersticiales puestas al abrigo, por su situación y su evolución profunda, de contagios secundarios, tales como supuraciones pulmonares ó neumónicas.

El doctor Covormont ha publicado observaciones muy demostrativas, confirmando la opinión del doctor Bard. En un caso hizo tres embrocaciones y en otro seis, de 0.50 centigramos de guayacol cada una y fueron suficientes para que la temperatura volviese á la normal definitivamente y los síntomas mórbidos desaparecieran, modificándose el estado patológico de los enfermos, al extremo de no encontrarse bacilos tuberculosos en los esputos.

El doctor Bosc (*) resume las reglas de su empleo en la tuberculosis pulmonar, diciendo: "que debe recurrirse á ellas en la granulia y en los tísicos esclerosos que siguen una marcha lenta, en los que la fiebre que se observa puede depender de granulaciones limitadas." "Están contra indicadas en los cavitarios, en los tuberculosos neumónicos antiguos y no tienen efectos constantes en la tísis común."

A los observadores mencionados podría agregar otros que opinan de igual manera; pero, lo expresado resume suficientemente, las indicaciones que conviene tener presente.

Todos los experimentadores insisten sobre la rapidez y constante descenso térmico producidos; pero, como ya lo he expresado al tratar de la acción general del medicamento, al cabo de algunas horas la temperatura vuelve á ascender, después de una hipotermia de duración variable.

En la *granulia tuberculosa*, se ha observado algo especial é importante: la hipotermia tiene mayor duración y la reascención no alcanza el grado primitivo, sino que disminuyendo gradualmente, á los pocos días es frecuente observar una apirexia franca junto con una mejoría de las funciones de la economía. Los síntomas físicos y funcionales de parte de los pulmones desaparecen casi completamente, y el enfermo recupera la salud completa ó experimenta cuando menos mejoría notable, tan sólo con el uso de unas cuantas embrocaciones de guayacol.

Se ha tratado de explicar la acción tan benéfica del guayacol en la granulia tuberculosa, emitiéndose hipótesis diversas, entre las que citaré la de los doctores Bosc y Bard.

Cree posible el primero, que haya una acción electiva del medicamento sobre el bacilus de Koch. Los leucocitos cargados de vapores de guayacol irían á constituir al rededor y en los tubérculos mismos, elementos provistos en el más alto grado de propiedades antibacilares.

Para Bard hay una doble acción: el guayacol haría menos excitables los centros térmicos por los productos piretógenos, y además, por el intermedio de los vaso-motores que dirige, ejerce una influencia directa resolutive sobre los procesos anatómicos.

(*) Montpellier Médical. N.º 51—1894.

B). PIREXIAS EN ENFERMEDADES TIFOÍDES.—*Fiebre tifoidea*. Algunos médicos han usado el guayacol en la fiebre tifoidea. El doctor Montagnon (**) en el Congreso de Medicina Interna de Lyon (1894), expuso su opinión respecto al uso de las embrocaciones, diciendo: "que cuando existía contraindicación para la balneación en el tratamiento de la fiebre tifoidea, se podía emplear con éxito el guayacol como antitérmico." "Cada vez que la temperatura se eleva, prescribo una embrocación de 0'50 centigramos de guayacol sobre la región inguinal y la temperatura baja, al mismo tiempo que la diuresis aumenta. No paso, jamás, de gramos 2'50 de medicamento por día. He aplicado este tratamiento en veinte enfermos, de los que algunos eran de gravedad, y constantemente he obtenido excelentes resultados."

Como la apirexia producida por el guayacol dura solo 2 ó 4 horas, volviendo después á ascender la temperatura, el doctor Moissy ha conseguido mantener largo tiempo á un tísico en apirexia, procediendo del modo siguiente:

"Cuando la temperatura manifiesta tendencia á la reascención después de la primera embrocación, se extiende sobre los tegumentos una nueva dosis. Se obtiene, entonces, un descenso generalmente mayor que el primero. Cuando el guayacol ha concluido su acción, se recomienza; pero, teniendo cuidado de hacerlo inmediatamente, consiguiéndose así, evitar al enfermo 12 ó 15 horas de fiebre.

Algunos experimentadores no se han declarado muy partidarios de este tratamiento. En las formas graves, la hipotermia puede ser considerable y llegar hasta ocasionar colapsus; conozco un caso realizado en un estudiante de esta Facultad.

Por otra parte, en las pirexias continuas y sobre todo, en la tifoidea, suele afectarse el riñón y eliminándose el guayacol por este órgano puede haber contraindicación. Esto ha sido señalado por Bard y Cheron. Citaré, además de los mencionados, á los DD. Desplats, Sydney, Friendenwald, Hayden, Clemente Ferreira, Kraokoff, Da Costa, Federici, etc., que han usado las embrocaciones en esta pirexia.

C). PIREXIAS EN ENFERMEDADES ENDEMO-EPIDÉMICAS.—*Paludismo*. Kolios fué el primero que consiguió detener los accesos palúdicos de la forma intermitente, haciendo en la región esplénica embrocaciones de guayacol asociado con lanolina. Unas cuantas embrocaciones bastaron para obtener una curación completa.

También en la forma continua se ha empleado el guayacol, obteniéndose resultados igualmente favorables.

Influenza.—En la forma broncopulmonar con fiebre casi remitente, las embrocaciones han producido efectos notables: la curva térmica se modifica; á los pocos días la apirexia es franca y los síntomas pulmonares desaparecen pronto.

D). PIREXIAS EN ENFERMEDADES ERUPTIVAS.—El doctor Federici ha hecho numerosas observaciones en los niños en las diversas pirexias eruptivas. (*)

Ha obtenido un efecto antitérmico de 4 á 6 horas, con transpiración abundante favorable á la erupción. Las aplicaciones las hacía en la cara anterior de los brazos y jamás observó fenómenos inquietantes; tales como, hipotermia con colapsus ó albuminuria.

El doctor Bard usó las embrocaciones en la erisipela de la cara, observando mejoría marcada tanto respecto á la intensidad de la enfermedad cuanto á su duración y

(**) Semana Médica, 27 octubre 1894.

(*) Semana Médica, 30 agosto, 1893.

concluyendo que “en los casos en que la temperatura se sostiene en 39° es conveniente hacer dos embrocaciones por día.”

Los doctores Friendenwald, Hayden y otros, han usado igualmente el guayacol en dichas pirexias.

E). PIREXIAS EN ENFERMEDADES DIVERSAS. — *Pleuresia*. Casasovice, médico en jefe del Hospital Militar (Roumania) y Mirón Sigalea, fueron los primeros que usaron el guayacol en las pleuresías. Lo aplicaban mezclado con tintura de yodo en la proporción siguiente:

Guayacol 5 gramos.

Tintura de yodo 25 gramos m. para hacer una embrocación cada noche sobre la región posterior del torax.

Los efectos que producía eran: descenso considerable de la temperatura; transpiración abundante y diuresis, fenómenos que eran seguidos pronto de la reabsorción completa del derrame.

Este tratamiento lo emplearon en un enfermo que tenía un derrame pleurítico izquierdo muy abundante, en el cual la punción no había producido ninguna mejoría; por el contrario, había provocado una elevación considerable de la temperatura, que las embrocaciones de guayacol yodado hicieron desaparecer en pocos días y el derrame se reabsorbió.

En la Sociedad de Terapéutica Miron Sigalea se expreso así: “jamás he observado complicaciones en los enfermos y, hoy tengo la convicción de que las aplicaciones epidérmicas de guayacol deben contarse entre los medios de curación más seguros de la pleuresía; por ellas se consigue éxito aún en los casos en que la toracocentésis fracasa.”

Anginas no diftéricas. Amigdalitis agudas.—El doctor Raymond, asistente de la Clínica de enfermedades de las vías respiratorias en la Facultad de Medicina de Chicago, fué el primero que usó las aplica-

ciones de guayacol con éxito excelente en las amigdalitis agudas y recomendó este tratamiento por su poderosa acción, capaz de hacer abortar rápidamente la enfermedad.

Hé aquí como procede: (***) Aplícala sobre las amígdalas inflamadas guayacol puro, extendiéndolo sobre toda la superficie de la glándula mediante un pequeño tapón de algodón, evitando cuidadosamente que un exceso de líquido caiga en la laringe.”

“Estas embrocaciones provocan una sensación de escosor bastante fuerte, pero soportable y generalmente de corta duración. La cocaína en solución al 10 % no evita dicho escosor, sino que, por el contrario, parece aumentarlo.”

Mezclado con aceite de almendras dulces en partes iguales, se ha manifestado poco eficaz. (Raymond.)

El efecto terapéutico del guayacol se produce muy pronto: primero, desaparece el dolor; en seguida cesa la fiebre y rápidamente disminuye la tumefacción de las amígdalas; á veces, la deglución muy dolorosa, se vuelve completamente indolora á los 10 ó 15 minutos después de aplicado el guayacol y la temperatura se hace normal al cabo de algunas horas. Una ó dos embrocaciones, bastan para conseguir en 48 horas—á lo más—la curación completa de las amigdalitis más intensas.

Los doctores norte-americanos A. Cotton, A. Corwin y E. Rhoden, han obtenido los mismos resultados que el doctor Raymond.

El doctor Darbonel (de Boucau, Francia) ha empleado en el tratamiento de las anginas no diftéricas, el guayacol asociado á la glicerina:

Guayacol cristalizado	} áá
Glicerina	

Y dada la mayor sensibilidad de los niños, modifica para ellos así:

Guayacol cristalizado... 1 gr.

Glicerina..... 2 gr.

Como el guayacol y la glicerina se mezclan imperfectamente, se debe tener siempre cuidado de agitar el medicamento ántes de proceder á las embrocaciones sobre la garganta.

Los efectos de esta mezcla son los siguientes: (***)

Al principio, acusa el enfermo una sensación de quemadura y de angustia bastante penosa, asociada al gusto desagradable del medicamento; pero, rápidamente, en menos de un minuto se disipan estos efectos; y cuando la membrana pul tácea se ha desprendido y el medicamento actúa sobre todas las partes inflamadas de la mucosa, el enfermo siente un bienestar particular y una sensación de frescura en la garganta, notando con extrañeza, que la deglución de la saliva y alimentos no es ya dolorosa.

Hay, además, una disminución rápida de la temperatura febril; pero, sin embargo, la disfagia y la fiebre reaparecen más tarde, atenuándose y cediendo fácilmente solo bajo la acción de nuevas embrocaciones que son siempre menos dolorosas que la primera.

El doctor Darbonet prescribe 4 embrocaciones en 24 horas: la primera bien temprano y la última tarde de la noche.

“Bajo la influencia de las aplicaciones de guayacol, las anginas más intensas evolucionan sin fiebre ni dolor. El estado general queda excelente durante toda la duración de la afección, que á veces se abrevia notablemente.”

Además de las pirexias mencionadas, se ha aplicado el guayacol en muchas otras. En el curso de una enfermedad cualquiera, es frecuente observar temperatura alta,

y dados los buenos efectos obtenidos con el guayacol, los experimentadores no han trepidado para extender su uso, obteniendo siempre felices resultados. Enumerar uno á uno los casos en que ha sido empleado, es imposible; pues, no todas las observaciones se han publicado y si hay noticias de ellas, son sin pormenores. Sin embargo, entre otras aplicaciones puedo citar, las hechas por los doctores Friendenwald y Hayden en ocho casos de *neumonía* y en uno de *reumatismo agudo mono-articular* con fiebre alta; las realizadas por el doctor Federici, en varios casos de *embargo gástrico febril*, de *fiebres gástricas* y en algunos de *difteria*.

Por lo expuesto se vé, que son algunas las pirexias en las que se ha empleado el guayacol y es tan solo después de verificada una estadística, minuciosa que se podrá precisar sus indicaciones y contraindicaciones y completar el cuadro sintomatológico de sus efectos.

JOSÉ C. PATRÓN,

Interno de los Hospitales.

TRABAJOS EXTRANJEROS

GEOGRAFIA MEDICA

de la fiebre amarilla en el Ecuador

SR. DR. D. LEONARDO VILLAR

(Continuación)

Empero, de algunos años á esta parte, el tráfico con el puerto de Esmeraldas, es ya de alguna importancia. Muchos europeos y norteamericanos, y algunos vecinos de la sierra, van y vienen, y aún se radican en el lugar, atraídos por las riquezas agrícolas y minerales de ese privilegiado suelo; y la navegación por vapor en aquella costa, mantiene y fomenta ese tráfico y comercio de hombres y cosas, más activo y directo aún con Panamá,

(***) Semana Médica, 19 de Diciembre de 1894.

que con Guayaquil. No obstante, los mismos vapores que en otras ocasiones nos han traído la *fiebre amarilla* á Guayaquil, no la han dejado en Esmeraldas; y, si algún enfermo ha desembarcado allí, salvado ó muerto éste, el mal no se ha trasmitido á nadie.

Quizás sean también partes muy principales, de la causa de este fenómeno de inmunidad contra la *fiebre amarilla*,—muy raro en un país tan tropical como es Esmeraldas,—la formación geológica, la naturaleza y curso de las aguas, y el clima mismo, que es, agradable y sano.

El terreno de la Provincia de Esmeraldas es duro y compacto, y está cubierto de una espesa capa de tierra vegetal, que sostiene la más lozana y robusta arborescencia imaginable.

Desde las costas del mar hasta las faldas de la cordillera, la base de ese terreno es de formación marina (arenisca marina); sigue luego una capa de formación diluvial (conglomerados); después, en una gran parte del territorio, con excepción del que abraza el sistema del río Santiago, hay una capa de 20 metros de altura de *toba volcánica*,—que falta casi completamente en las Provincias del Guayas y Manabí; en seguida aparecen capas de formación aluvial, de arena y guijarros, y, por último, la de tierra vegetal.

La orografía de esa provincia es sencilla y pobre: con excepción de la cordillera de los Andes, que limita el territorio hacia el interior, no se descubren en todo él sino algunos cerros y colinas. En cambio, la inclinación del suelo hacia el mar es muy marcada, y dominan las lomas y las altas barrancas.

Las aguas de Esmeraldas son dulces y límpidas: nacen de la cordillera de los Andes, y forman los dos grandes sistemas hidrográficos que comparten el imperio del territorio de la Provincia: el meridional, del río Esmeraldas, y el septentrional, del río Santiago. Los ríos corren por cauces profundos de al-

tas barrancas y lechos de arena y piedra; y, con excepción del Santiago, en la bahía de San Lorenzo, ningún otro sufre el influjo de las mareas, ni aún en su desembocadura en el océano. Las aguas corren siempre hacia el mar, arrastrando en su impetuosa marcha, piedras y guijarros; y conservando siempre la limpidez y transparencia de su origen. El río Esmeraldas, — en cuya orilla meridional, y á corta distancia de la desembocadura, se levanta la capital de la Provincia, — no tiene delta; y son tales la fuerza y velocidad de la corriente de sus aguas, que, aún las islas de arena y tierra vegetal, que trabajosamente se forman y se levantan sobre ellas, suelen desaparecer ó cambiar de sitio, de la noche á la mañana.

Los manglares, esos *anfíbios* del reino vegetal, como los llama Wolf, (autor de la "Geografía y Geología de la República del Ecuador") son muy raros en las riberas de los ríos de Esmeraldas, que ostentan, sobre la vegetación lujosa y robusta de los terrenos firmes, los anchos y airosos abanicos de las palmeras y los elegantes plumeros de la guadua.

En el suelo de Esmeraldas, ni aún en las llanuras, no se estancan jamás las aguas. Lo contrario acontece en las sábanas y demás terrenos bajos fluvio-marinos de las Provincias del Guayas y Manabí: así, la infección de los ríos es casi imposible, y la del terreno, muy difícil; porque este es poco permeable, y las aguas corren, en torrente inagotable, constantemente impelidas hacia el mar.

El clima de esa provincia es templado y sano, aunque en las costas la temperatura media anual sea de 26°. Contribuyen á refrescarlo las brisas marítimas; y en el interior, la alta humedad de la atmósfera, que mantiene en fresca deliciosa el ambiente de los bosques y de las selvas. Esta humedad constante del aire, que, en las Provincias del Guayas y Manabí, es malsana, no es enfermiza en Esmeraldas,—por la misma naturaleza del suelo y el

curso fácil que allí tienen las aguas; —y, como nunca sube la temperatura ambiente, á mas de 28°, ni es muy variable, la evaporación misma no sufre cambios bruscos, y mantiene siempre, en la vegetación una primavera paradisiaca, y en la atmósfera, una armonía perfecta de humedad y frescura. La única endemia de Esmeraldas, es el paludismo, muy activo y temible en ciertas zonas de la costa; pero el resto de la Provincia, y especialmente su capital, es muy sano.

Creo, pues, que la naturaleza del suelo de Esmeraldas, la calidad y curso de sus aguas, las lluvias torrenciales—que de continuo lavan el aire y el terreno,—y, la pureza constante del ambiente, purificado siempre por una vegetación exuberante y rica, son causas no despreciables, de la inmunidad, que respecto de la *fiebre amarilla*, gozan las poblaciones de esa Provincia. ¡Quién sabe, si, más tarde, la inmigración, que abre para todos los elementos de la vida anchas sendas, no lleve también á ese suelo hermoso y virgen, donde pasé los más bellos días de mi infancia, el germen maligno de la temida peste *amarilla*!

En el golfo de Guayaquil, y en la costa, tenemos poblaciones muy sanas y de clima delicioso, tales como Posorja, el Morro, Chanduy, Santa Elena, etc., etc. que, á causa de la corriente polar, que enfría esa zona marina é impide las lluvias, se asemejan mucho, en la aridez y el clima, á ciertos lugares del Norte del Perú. Esas poblaciones carecen de agricultura, y son pobres de vegetación, porque no tienen aguas corrientes. En los meses de febrero y marzo, y no todos los años, algunas lluvias torrenciales empanan el suelo y llenan *grandes albarradas* ó cisternas, que aseguran la vida de los pastos y del ganado, para uno, dos y hasta tres años. Los habitantes de estos lugares beben el agua de muy antiguos pozos, que jamás limpian, y que indudablemente han de recibir las aguas de infiltración del terreno infecto de los caseríos. Con todo, estos pueblos son, como he dicho antes,

muy sanos; pero, la *fiebre amarilla*, que el año 1842 hizo en ellos grandes estragos, no ha olvidado el camino; y así, cuando se desarrolla esta fiebre en Guayaquil, en forma epidémica, suele invadir aquellas poblaciones, y se ceba con crueldad en ellas, porque ésas gentes son propensas á contraer el mal. Lo mismo sucede en Manabí y en la Provincia de El Oro.

La epidemia de 1842, reinó en estas costas hasta el año de 44; y según los datos que he podido obtener, la enfermedad desapareció y no volvió á presentarse hasta el mes de setiembre de 1853.

El Dr. Juan Copello, en su muy erudita aunque abstrusa obra, intitulada.—“*Nuevos estudios para determinar las causas, la naturaleza y el tratamiento de la fiebre amarilla*—Lima 1870—dice en la página 191, que, esta fiebre fué importada, el año de 1853, de Guayaquil al Callao. Agrega que la enfermedad se propagó á Lima y á otras poblaciones de la costa peruana, dominando en forma epidémica hasta el año siguiente, y con manifestaciones esporádicas, hasta 1856.

En las *Apuntaciones*, que sobre la epidemia de 1880-81, publiqué en esta ciudad el año de 1882—(modesto trabajo que sólo vale algo por la honrosa mención que de él hace mi colega y amigo el Dr. Samuel Mora)—dije que, en 1853 la *fiebre amarilla* había sido importada de Panamá al Callao, en el buque “*María Ana*”. Me ha sido imposible encontrar el periódico del cual tomé este dato; pero la *fiebre* pudo muy bien haber sido llevada de Guayaquil al Callao, según afirma el Dr. Copello.

Lo evidente es que, en setiembre de 1853, ya había muchos casos de *fiebre amarilla* en la ciudad de Guayaquil. En efecto, en el libro respectivo de documentos municipales de aquel año, hay un oficio del Jefe de Policía de la ciudad, al Jefe Político del Cantón, en el cual, con fecha 22 de setiembre, se declara que la funesta *fiebre amarilla* había aparecido en numerosos casos, y que era urgente adoptar las

medidas más enérgicas y eficaces para conjurar tan grave mal.

El 28 de octubre del mismo año se leyó, en la sesión municipal del día, otro oficio, del Gobernador de la Provincia al Jefe Político del Cantón, sobre un decreto del Poder Ejecutivo, por el cual se ordenaba, que, con fondos del municipio, se construyera, á la brevedad posible, un Lazareto provisional para recoger y asistir á los apestados, que ya eran muchos; y aun en el citado oficio se encarga que, los sirvientes que se destinasen al Lazareto y al Hospital de la ciudad, debían ser aclimatados ó ya inoculados.

De los pocos datos que, acerca de esta epidemia he podido obtener, se deduce que no fué ni con mucho, tan general y grave como la del año de 1842. Al contrario, si hubo muchas víctimas, no fueron tantas; y en esta vez, como en 1740, la fiebre se cebó en los forasteros *y en muy pocos patricios*. Del año de 1844 al de 53, la población no se había renovado aún: por consiguiente, la inmunidad adquirida 10 años antes, era general; y, como el tráfico de extranjeros y serranos, escaso en aquella época, no le suministraba á la enfermedad gran campo de acción ni muchos elementos de vida, la epidemia se extinguió al comenzar la estación de las lluvias del año siguiente.

Catorce años después, siempre en el mes de setiembre (año de 1867) reapareció la *fiebre amarilla* en Guayaquil; y en esta cuarta vez, fué importada de Panamá en uno de los vapores de la Compañía Inglesa.

En los archivos municipales consta,—acta de la sesión del día 28 de setiembre de 1867,—que la epidemia había aparecido con caracteres muy alarmantes de generalización y malignidad; y, así, se leyó un oficio suscrito por varios médicos del lugar, quienes ofrecían sus servicios para asistir á los apestados del Hospital Civil, que eran muchos.

Yo fuí uno de los atacados, en esa epidemia, y aún recuerdo que hubo gran consternación en la ciudad, porque murieron muchas y muy notables personas del lugar, naturales y extranjeras. La peste se propagó, como en 1842, á toda la Provincia del Guayas y á la de Manabí; siendo luego importada al Callao y de allí á Lima, poblaciones en las cuales hizo horribles estragos en 1868. En el Ecuador declinó y se extinguió esta epidemia á principios del año 69.

El año de 1877, se presentaron en Guayaquil algunos casos graves de *fiebre amarilla*;—pero, fenómeno curioso, no tomó aquí incremento epidémico, y fué á desarrollarse, en esta forma y con malignos caracteres, en las poblaciones marítimas de Posorja, el Morro y Santa Elena. El Gobernador de la Provincia del Guayas, pasó, con fecha 10 de mayo de 1878, un oficio al Presidente del Municipio de este Cantón, pidiendo que se enviara inmediatamente un médico y los recursos necesarios, al pueblo del Morro, porque eran muchas las víctimas que á la sazón hacía allí y en los pueblos vecinos, la *fiebre amarilla*.

Por último, el año de 1880, volvió, á esta ciudad, y aún está entre nosotros, el ingrato huésped *amarillo*, quien, por lo visto, ha hallado en la Perla del Pacífico, más comodidades para la vida, que en Panamá, su antigua patria adoptiva.

Hubo en los comienzos de la epidemia de 1880, un hecho curioso y digno de mención, acerca del cual hablé en mis *Apuntaciones* antes citadas, con cierto dogmatismo enfático, propio de la inexperiencia.

Sucedió que, á fines de 1879, á consecuencia de una fuerte tempestad que destruyó los muelles del puerto de Colón y gran trecho de la vía férrea del Ismo, las mercaderías de varios vapores procedentes de Europa y Estados Unidos quedaron, algún tiempo, expuestas al sol y á la lluvia, en circunstan-

cia en que la fiebre amarilla reinaba en el Ismo. Restablecida la vía férrea de Colón á Panamá, comenaron á llegar á Guayaquil las mercaderías destinadas á este puerto, todas alteradas y húmedas; y, cuando en enero de 1880, se ocupaban los empleados de Aduana en abrir y despachar las dichas mercaderías, estalló en ésa Oficina, una epidemia circunscrita, que en pocos días atacó á varios empleados, y aún á algunas otras personas que frecuentaban los depósitos de la Aduana. Víctimas de la *fiebre de aduana*—que así fué llamada por el vulgo ésa enfermedad—murieron en pocos días, el Administrador, un Vista liquidador; un empleado de los almacenes; el portero, dos cargadores y un abridor.—Estos tres últimos fueron asistidos en el Hospital Civil, donde fallecieron. De los empleados de alta categoría sólo se salvó el interventor, al cual asistí en calidad de médico de cabecera; y, como médico de consulta, asistí también al Administrador y al Vista.

La *fiebre de la Aduana* era una piroxia infecciosa de gravedad insólita; cuya marcha, violenta en unos enfermos, lenta en otros, era la de una fiebre continua, que terminaba generalmente por la muerte, del cuarto al décimo quinto día; y, que sólo en el caso favorable del Interventor, llegó al vigésimo primero. En todos los enfermos hubo hiperhemia de la piel; cefalalgia; vértigos; insomnio; dolor contusivo y ardiente del epigastrio; vómitos biliosos, y en algunos enfermos, porrácees; hipuria (en el caso del Administrador, anuria); albuminúria, en todos los enfermos cuya orina se examinó; por último, hemorragias nasales, ictericia más ó menos marcada, gran postración de fuerzas,—y dolorosa agonía, en los que fallecieron. La temperatura, muy alta al principio, (de 39° y 40°) se mantenía después, entre 38 y 38 $\frac{1}{2}$, y en algunos hubo remisiones falsas en el primer septenario; la que precedió á la muerte del Vista, fué tan engañosa y falaz,

que la familia y el médico de cabecera del enfermo fueron dolorosamente sorprendidos cuando, en la mañana del cuarto día, comenzó éste á morir, con los terribles síntomas de la uremia aguda.

En todos los enfermos fué ineficaz la quinina; y, quiera que nó, había que establecer el tratamiento racional de la *fiebre amarilla*, sino como el más eficaz, siquiera como el menos nocivo.

Yo afirmé entonces, que, la enfermedad epidémica de la Aduana, no era otra que la *fiebre amarilla*; y afirmé también que el germen de dicha fiebre, debía de haber sido traído de Panamá, en las mercaderías húmedas y averiadas de que he hablado antes.

Ambas afirmaciones me parecen ahora, no sólo muy absolutas, sino también petulantes. Esa fiebre, pudo haber sido la llamada por Beranger Feraud, *fiebre biliosa inflamatoria*; aunque es verdad que, en concepto del autor mentado, no hay diferencia substancial entre esta y la *amarilla*. La verdad es que, la *fiebre aduanera* no se asemejaba en nada á las fiebres biliosas gástricas propias de esta localidad. En cuanto á la causa próxima de esa epidemia circunscrita, debo hacer constar aquí, que, poco tiempo después se descubrió que los desagües interiores de la Aduana, á los cuales aflúan los de los edificios vecinos, estaban rotos y repletos de cieno é inmundicias. Quizás las exhalaciones de ése foco de infección, produjeron por sí solos, y no las de las mercaderías averiadas, la fatal epidemia de que he hecho mención.

Algunos meses después, (setiembre de 1880,) estalló en la ciudad de Guayaquil una grave epidemia de *fiebre amarilla*, que reinó con fuerza hasta los últimos días del año siguiente.

(Se concluirá.)

Imprenta y Librería

CALLE Y PLAZA DE SAN PEDRO

Universidad del Perú. Decana de América